

que los Países-Bajos aguardan tan sólo su presencia para sacudir el yugo de España.

FERIA.—¿Qué quiere decir esto?

ALBA.—Otras cartas dicen que la flota de Soliman ha salido ya de Rodas para atacar, en virtud de un tratado, al Rey de España en el Mediterráneo.

FERIA.—¡Es posible!

ALBA.—Estas cartas me han revelado con qué objeto este caballero de Malta habia emprendido últimamente sus viajes á través de Europa. Se trataba nada menos que de armar todas las potencias del Norte para defender la libertad de Flandes.

FERIA.—Esta es su obra.

ALBA.—Acompaña á estas cartas, en fin, un plan detallado de la guerra que debe separar para siempre los Países-Bajos de la monarquía española; nada se ha olvidado; cálculo de fuerzas y resistencia, cuadro completo de los recursos y poderío de la nación, máximas que deben seguirse, alianzas que deben contraerse. Es un proyecto diabólico, pero, en verdad, propio de un genio maravilloso.

FERIA.—¡Qué impenetrable conspirador!

ALBA.—Se habla tambien en estas cartas, de una entrevista secreta que debian celebrar el Príncipe y su madre, esta misma noche antes de partir.

FERIA.—¡Cómo! ¿Hoy mismo?

ALBA.—Esta noche. He dado las órdenes oportunas. Ya veis, pues, que el tiempo apremia; no hay momento que perder. Abrid la puerta del gabinete del Rey.

FERIA.—No. Está absolutamente vedado.

ALBA.—Pues bien; la abriré yo; la urgencia del peligro justifica la audacia. (*En el punto en que se adelanta hácia la puerta, ésta se abre y sale el Rey.*)

ESCENA IX.

EL REY.—Dichos.

(Los Grandes, sorprendidos á su aspecto, se separan y le franquean respetuosamente el paso. Parece preocupado y abstraído. En sus facciones y su porte se notan aún los efectos del desmayo de la anterior escena. Se adelanta lentamente hácia los Grandes y fija en ellos la mirada como distraído. Luego se detiene pensativo, bajos los ojos y con agitacion creciente.)

REY.—Devolvedme á ese muerto... Quiero recobrarlo.

DOMINGO.—(*En voz baja, al Duque de Alba.*) Habladle.

REY.—Me desdeñaba y ha muerto... Quiero recobrarle... quiero que tenga otra idea de mí.

ALBA.—(*Acercándose á él con temor.*) Señor...

REY.—¿Quién habla aquí? (*Recorre con la mirada el grupo.*) Sin duda, olvidasteis quién soy. ¡De rodillas! ¿Por qué no te arrodillas?... De rodillas á mis plantas, criatura. Soy todavía Rey y quiero contemplar el espectáculo del servilismo. ¿Acaso me abandonará todo, porque uno solo me ha menospreciado?

ALBA.—No habéis más de él, señor; un nuevo enemigo más importante que éste surge en vuestro reino.

FERIA.—¡El príncipe Carlos!

REY.—Tenia un amigo que ha muerto por él... por él... Conmigo hubiera compartido un reino... ¡Desde qué altura me miraba!... ¡Ah, no se mira con tanta altivez de lo alto de un trono!... Claro, pues, que sabia lo que valia su conquista, y su dolor prueba cuánto ha perdido, pues no se llora así un bien pasajero... Por que viviera daria las Indias... ¡Oh poder el mio, que no consuelas, que ni siquiera puedes tender tu brazo más allá de la tumba y reparar la ligereza comedita con la vida de un hombre! ¡Los muertos no re-

sucitan! ¡Quién se atreverá á decirme que soy feliz, si duerme en la tumba un hombre que me ha rehusado su estimacion!... ¡Qué me importan los vivos! un alma, un hombre libre surgió en todo un siglo, uno sólo, y me ha despreciado y ha muerto.

ALBA.—Entonces, en vano vivimos nosotros. Descendamos al sepulcro, españoles; hasta en muerte nos roba el corazon del Rey...

REY.—(*Se sienta apoyando la frente en la mano.*) ¡Ah! ¡hubiese muerto así por mí! porque yo le amaba... Le amaba mucho... como á un hijo, y con él, una nueva y más bella aurora despuntaba para mí. ¡Quién sabe lo que le tenía reservado! Era mi primer amor. Maldígame la Europa entera; tendrá razon en maldecirme, pero de él he merecido gratitud.

DOMINGO.—¿Por qué sortilegio?...

REY.—¡Y por quién ha hecho este sacrificio! Por un niño; por mi hijo... ¡Ah! no lo creeré jamas; un Posa no muere por un niño, ni la mezquina llama de la amistad llena su corazon. Su corazon palpita por la humanidad entera, por el mundo y las futuras razas. Para satisfacer esta afeccion poderosa, halla á su paso un trono y lo desdeña. No se habria perdonado semejante traicion á la causa de la humanidad. No, le conozco mejor; no sacrificó Felipe á Carlos, sino un anciano á un jóven, su discípulo. La estrella del padre, en el ocaso, no podia recompensar su empresa, y reservó sus fuerzas para la próxima aurora de la estrella del hijo. Claro, contaban con mi retiro...

ALBA.—Lo cual vereis confirmado en estas cartas.

REY.—(*Levantándose.*) Y bien podia equivocarse, porque vivo todavía. Gracias, ¡oh naturaleza! Siento en mis nervios el vigor de la juventud. Le entregaré al ridículo. ¡Tendrán su virtud por el sueño de un caviloso y habrá muerto en opinion de loco! Aplaste en su caída á su amigo y á su siglo; veamos cómo pres-

cindirán de mí. El mundo está todavía en mi poder por una noche y he de emplearla de modo que nadie, despues de mí, durante diez generaciones, ha de cosechar nada de esta tierra abrasada. Me ha sacrificado á la humanidad, su ídolo; la humanidad pagará por él. Voy á empezar por su muñeco. (*Al Duque de Alba.*) ¿Qué deciais del Príncipe? Repetidmelo, ¿qué dicen estas cartas?

ALBA.—Estas cartas, señor, encierran las últimas recomendaciones del Marques de Posa al Príncipe Carlos.

REY.—(*Hojea los papeles y todos los Grandes le miran. Despues de leídos los deja á un lado, y se pasea por la cámara.*) Llamad al Cardenal inquisidor y rogadle que me conceda una hora. (*Uno de los Grandes se va. El Rey vuelve á hojear los papeles, continúa leyendo y los deja otra vez á un lado.*) Decis que esta noche...

TAXIS.—A las dos en punto la silla de posta debe hallarse delante de la Cartuja.

ALBA.—Y mis enviados han visto llevar al convento algunos equipajes con las armas de la corona.

FÉRIA.—Sumas considerables se han depositado en manos de algunos banqueros moros, para ser reintegradas en Bruselas.

REY.—¿Dónde habeis dejado al Príncipe?

ALBA.—Junto al cadáver...

REY.—¿Hay todavía luz en la cámara de la Reina?

ALBA.—Todo está tranquilo; ha despedido á sus damas más temprano que de costumbre, y la Duquesa de Arcas, que salió la última, la ha dejado durmiendo profundamente.

(Un oficial de la guardia entra y habla en voz baja y aparte al Duque de Féria. Éste se dirige al de Alba y otros le rodean sucesivamente, murmurando entre ellos.)

FÉRIA. . . {
TAXIS. . . } ¡Es raro!
DOMINGO. }

REY. — ¿Qué hay?

FÉRIA. — Una noticia, señor, apenas creible.

DOMINGO. — Dos soldados suizos que han abandonado al instante su puesto, dicen... Pero es ridículo repetirlo.

REY. — Veamos.

ALBA. — Que ha aparecido la sombra del Emperador en el ala izquierda del palacio y ha pasado por delante de ellos con grave y solemne continente. Los demás centinelas apostados á lo largo del pabellon confirman la noticia, y añaden que la aparicion se habrá dirigido á las habitaciones de la Reina.

REY. — ¿Y en qué forma han visto al Emperador?

OFICIAL. — Con el hábito de gerónimo que llevó en sus postreros dias en el monasterio de Yuste.

REY. — Pues si iba con un hábito de religioso los guardias le habrán conocido en vida, porque si no, no atino cómo saben que es el Emperador.

OFICIAL. — Por el cetro que llevaba en la mano.

DOMINGO. — Cuenta la tradicion que ya se le ha visto otra vez bajo esta forma.

REY. — ¿Y nadie le ha hablado?

OFICIAL. — Nadie se atrevió; los guardias se han puesto á rezar y le han dejado pasar con respeto.

REY. — ¿Y la aparicion se ha dirigido hácia las habitaciones de la Reina?

OFICIAL. — Ha desaparecido en su vestibulo. (*Silencio general.*)

REY. — (*Volviéndose con viveza.*) ¿Qué decis?

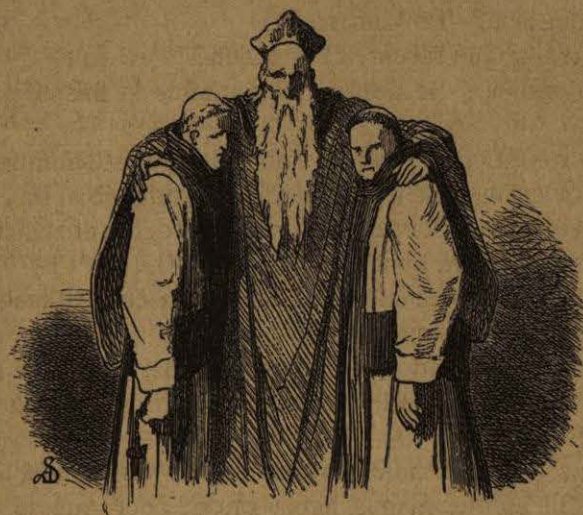
ALBA. — Callamos todos, señor.

REY. — (*Después de un momento de reflexion al oficial.*) Poned á los guardias sobre las armas y cerrad todas las avenidas de este palacio. Me dan deseos de hablar á este fantasma. (*El oficial se va; se adelanta un paje.*)

PAJE. — Señor, el Cardenal inquisidor.

REY. — (*A la comitiva.*) Dejadnos.

(El gran Inquisidor, anciano de noventa años y ciego, se adelanta apoyado en un baston y conducido por dos frailes dominicos. Los Grandes se arrodillan á su paso y le tocan el hábito; les da la bendicion y se van.)



ESCENA X.

EL REY, — y el GRAN INQUISIDOR.

(*Larga pausa.*)

INQUISIDOR. — ¿Estoy delante del Rey?

REY. — Sí.

INQUISIDOR. — No lo esperaba ya.

REY. — Renuevo una escena de años pasados. El Principe Felipe pide otra vez consejo á su preceptor.

INQUISIDOR. — Carlos, mi discípulo, vuestro augusto padre, no tuvo jamas necesidad de consejos.

REY. — Era, pues, más feliz que yo. He cometido un

asesinato, Cardenal, y he perdido para siempre el reposo...

INQUISIDOR.—¿ Por qué habeis cometido este asesinato ?

REY.— Una traicion sin ejemplo...

INQUISIDOR.— La conozco.

REY.— ¿ Qué sabeis ? ¿ Por quién ?

INQUISIDOR.— Sé desde muchos años lo mismo que vos.

REY.— (*Con sorpresa.*) ¿ Conoceis ya á este hombre ?

INQUISIDOR.— Su vida, desde el principio al fin, se halla inscrita en los sagrados registros del Santo Oficio.

REY.— ¿ Y era libre ?

INQUISIDOR.— La cuerda al cabo de la cual volteaba, era larga, pero indestructible...

REY.— Ha estado fuera de mis reinos.

INQUISIDOR.— Donde quiera que estuviese, estaba yo tambien.

REY.— (*Paseándose con muestras de descontento.*) Si se sabia en qué manos habia caído, ¿ por qué se ha descuidado la advertencia ?

INQUISIDOR.— Os haré la misma pregunta. ¿ Por qué no os habeis informado de quién era, cuando os echasteis en sus brazos ? Le habeis conocido y de una sola mirada habeis visto en él al hereje. ¿ Quién os obligaba á ocultar esa víctima al Santo Oficio ? ¿ Acaso se nos burla ? Si la majestad de los Reyes se rebaja hasta el recelo, si á espaldas de nuestro poder se confabula con nuestros más pérfidos enemigos, ¿ qué será de nosotros ? Si uno solo merece indulto, ¿ con qué derecho se ha sacrificado á cien mil ?

REY.— Tambien él ha sido sacrificado...

INQUISIDOR.— No; ha sido asesinado... bajamente, criminalmente. La sangre que debia verterse para nuestra gloria y honor, porque este hombre nos pertenecia, ha sido vertida por mano de un asesino. ¿ Quién os

autorizó para atentar á los sagrados bienes de nuestra institucion, cuando debia morir en nuestras manos ? Dios le enviaba, segun las necesidades de este siglo, para hacer patente el orgullo de la razon, confundiendo en la vergüenza. Tal era el plan que yo concebí, y hé aqui destruida ahora la obra de muchos años. Nos le habeis sustraído, y sólo os quedan manchas de sangre en las manos.

REY.— La pasion me arrebató; perdonadme.

INQUISIDOR.— ¡ La pasion ! ¿ El Principe Felipe es quien me da tal respuesta ? ¿ Soy yo el único que ha envejecido ? ¡ La pasion ! (*Mueve la cabeza en señal de descontento.*) Concedé la libertad de conciencia á tus reinos si andas encadenado.

REY.— Soy todavia novicio en estas materias. Ejercitad vuestra paciencia conmigo.

INQUISIDOR.— No, no estoy contento de vos. ¡ Hacer traicion así á la historia de vuestro pasado ! ¿ Dónde estaba entonces Felipe cuya alma, inmutable como una estrella fija en el cielo, gira eternamente sobre sí misma ? ¿ Acaso se hundiò á vuestra espalda todo el pasado ? No parece sino que el mundo no era ya el mismo desde el momento que le tendiais la mano, y el veneno no era ya veneno, y desaparecia la linea de division entre el bien y el mal, entre la verdad y el error. ¿ Qué es un propósito, qué es la firmeza y constancia de un hombre, si basta un minuto para que el plan seguido durante sesenta años, desaparezca como un capricho de mujer ?

REY.— Yo leia en sus ojos... Excusadme esta vuelta á la humanidad; os falta un medio de comunicacion entre el mundo y vuestra alma: el sentido de la vista.

INQUISIDOR.— ¿ Qué necesidad teniais de este hombre ? ¿ podia ofreceros acaso algo nuevo, algo á que no estuviérais preparados ? ¿ Tanto desconoceis las nuevas y entusiastas teorías, tan poco habituado os hallais al

pomposo lenguaje de los reformadores del mundo ? Si unas cuantas palabras derriban por ensalmo el edificio de nuestras creencias, ¿ cómo habeis podido firmar , os pregunto , la sentencia de muerte de miles de miserables que no habian hecho más para subir á la hoguera ?

REY. — Deseaba un hombre... Domingo.

INQUISIDOR. — ¿ Y por qué un hombre ? Los hombres son para vos números , y nada más. ¿ Me será preciso enseñar el arte del buen gobierno á mi encanecido discípulo ? Aprenda el dios de la tierra á prescindir de lo que no se puede acordarle. Si suspirais por una afecion , reconoceis por ello que contais en el mundo con iguales , y entonces no veo con qué derecho os declarais superior á ellos.

REY. — (*Dejándose caer en un sillón.*) Soy un pobre hombre ; lo reconozco. Exiges de una criatura lo que sólo es posible al Criador.

INQUISIDOR. — No , señor ; no se me engaña así. Leo en lo íntimo de vuestro corazón ; queriais escaparnos. Os pesan las graves cadenas de nuestra institucion y queriais ser libre y solo. (*Pausa.*) Hemos sido vengados. Dad gracias á la Iglesia que se contenta de castigaros como una madre. Se os ha permitido elegir ciegamente y habeis hallado en la eleccion castigo y enseñanza. Ahora volved á nuestros brazos. Si yo no hubiese comparecido hoy ante vos , ¡ por Dios vivo ! que mañana hubierais comparecido vos ante mí.

REY. — No soporto semejante lenguaje , modérate , sacerdote ; porque no lo soporto ; no puedo oírte hablar en ese tono.

INQUISIDOR. — ¿ Por qué evocais la sombra de Samuel ? Dos reyes he dado al trono de España , y esperaba dejar mi obra sobre sólidos cimientos. Veo malogrado el fruto de mi vida ; el mismo Felipe derriba el edificio. Y ahora , señor , ¿ por qué he sido llamado ?

¿ Qué vengo á hacer aquí ? No abrigo el propósito de repetir mi visita.

REY. — Una obra todavía , la última , y podrás retirarte en paz. Olvidemos lo pasado , hagamos las paces... ¿ estamos reconciliados ?...

INQUISIDOR. — Si el Rey se inclina humildemente...

REY. — (*Después de breve pausa.*) Mi hijo proyecta una revolucion.

INQUISIDOR. — ¿ Y qué decidis ?

REY. — Ó todo , ó nada.

INQUISIDOR. — ¿ Y qué entendeis por todo ?

REY. — Permitiré que huya , si no puedo matarle.

INQUISIDOR. — ¡ Y bien , señor !

REY. — ¿ Puedes tú infundirme una nueva creencia , que autorice el cruento asesinato de un hijo ?

INQUISIDOR. — Para aplacar la eterna justicia , el Hijo de Dios murió en la cruz.

REY. — ¿ Y quieres tú implantar esta opinion en la Europa entera ?

INQUISIDOR. — En donde quiera que la cruz sea venerada.

REY. — Cometo un atentado contra la naturaleza. ¿ Puedes imponer silencio á su voz poderosa ?

INQUISIDOR. — Ante los derechos de la fé , la voz de la naturaleza pierde su fuerza.

REY. — Pongo en tus manos mis oficios de juez ; ¿ puedo abdicarlos enteramente ?

INQUISIDOR. — Entregádmelo.

REY. — Es mi hijo único. ¡ Para quién habré acopiado tantas cosas !

INQUISIDOR. — Antes para la muerte que para la libertad.

REY. — Estamos de acuerdo ; ven.

INQUISIDOR. — ¿ Dónde ?

REY. — A recibir de mis manos la víctima.

(*Se lo lleva.*)

ESCENA XI.

Habitacion de la Reina.

CÁRLOS.—La REINA; despues el REY y su comitiva.

CARLOS. — (*Vestido con un hábito de fraile, con antifaz que se quita al entrar y una espada desnuda debajo del brazo. La Reina se adelanta con ropa de cámara, y una luz en la mano. Cárlos dobla ante ella la rodilla.*) ¡Isabel!

REINA.—(*Mirándole con tristeza.*) ¡Así volvemos á vernos!

CARLOS. — ¡Así volvemos á vernos! (*Pausa.*)

REINA.—(*Esforzándose en serenarse.*) Alzad; no debemos, Cárlos, enternecernos mutuamente, ni honrar á quien no existe, con impotentes lágrimas; guardémoslas para más leves penas... Se ha sacrificado por vos. Con su vida preciosa ha recobrado la vuestra. ¡Habrá vertido su sangre por una quimera! Yo misma he respondido de vos; y fiando en mi palabra, dió con júbilo el último suspiro. ¿Impedireis que la cumpla?

CARLOS.—(*Con entusiasmo.*) Erigiré á su memoria un mausoleo como no ha tenido ningun rey... sobre sus cenizas florecerá el paraiso...

REINA.—Así os queria; este era el gran pensamiento de su muerte y declaro que me eligió para ejecutar su última voluntad; yo velaré para que se cumpla este juramento. Poco antes de morir me confiò otro legado, le di mi palabra... ¿Por qué debo callar? Me confiò su Cárlos... Quiero arrostrar el qué dirán; ceso de temblar ante los hombres y obraré una vez con la osadía de un amigo. Mi corazon hablará; él llamaba virtud nuestro amor, le creó, y mi corazon no quiere por más tiempo...

CARLOS.—No continueis, señora; he sido víctima de un prolongado y penoso sueño; he amado. Despierto ya; olvidemos lo pasado. Hé aquí mis cartas; quemad las mias y no temais ningun arretrato por mi parte. Una llama pura alumbra mi sér; mi pasion es sepultada en la tumba y ningun deseo mortal compartirá de hoy más mi corazon. (*Pausa. Le toma la mano.*) He venido á daros mi último adios. ¡Madre mia! reconozco por fin que existe una felicidad más grande y envidiable que la de poseeros. Una sola noche ha dado impulso al perezoso curso de mis años, y me infundiò en la primavera de mi vida la madurez de la virilidad; no me queda ya otra mision que la de recordarle. (*Se acerca á la Reina que oculta su rostro.*) ¿Nada me decis, madre mia?

REINA.—No hagais caso de mi llanto, Cárlos... No puedo impedirlo, pero creed que os admiro.

CARLOS.—Fuisteis la única confidente de nuestra union, y por este título seguireis siendo la persona más querida para mí en este mundo; no puedo concederos mi amistad, del modo que ayer no podia conceder mi amor á otra mujer; pero si la Providencia me sienta en el trono, la viuda del Rey será sagrada para mí. (*El Rey acompañado del gran Inquisidor y de los Grandes, aparece en el fondo sin ser visto.*) Ahora voy á dejar á España; no volveré á ver á mi padre nunca más en esta vida; no le estimo ya; la naturaleza ha muerto en su seno; sed de nuevo su esposa, y puesto que ha perdido un hijo cumplid vuestros deberes. Yo corro á libertar del yugo del tirano á un pueblo oprimido. Madrid volverá á verme coronado ó no me verá nunca más; y ahora, para esta larga separacion, besad, madre mia, á vuestro hijo. (*La besa.*)

REINA.—¡Oh, Cárlos! ¿qué haceis de mí? Fáltanme las fuerzas para elevarme á esta varonil grandeza, pero puedo comprenderos y admiraros.

CARLOS.—¿No soy ya fuerte, Isabel? Os tengo entre mis brazos y no flaqueo, cuando ayer todavía los mismos terrores de la muerte no hubieran podido arrancarme de aquí. (*Se separa.*) Esto es hecho; desafío al destino; os he tenido en mis brazos y no he flaqueado... ¡Silencio! ¿habeis oido? (*Da la una.*)

REINA.—Sólo oigo la terrible campana que suena la hora de nuestra separacion.

CARLOS.—Adios, pues, madre mia. De Gante recibiréis mi primera carta, revelando el secreto de nuestras relaciones, pues quiero obrar desde ahora abiertamente con Felipe. No quiero que exista un solo secreto entre nosotros y no teneis necesidad de temer las miradas del mundo; hé aquí mi última mentira. (*Va á ponerse la máscara; el Rey se adelanta entre ellos.*)

REY.—Sí; la última. (*La Reina cae desmayada.*)

CARLOS.—(*Corre á ella y la recibe en sus brazos.*) ¿Muerta? ¡Oh cielos!

REY.—(*Con calma y frialdad al gran Inquisidor.*) Cardenal, he cumplido mi tarea; cumplid la vuestra.

(*Vase.*)



LA

CONJURACION DE FIESCO.

TRADUCCION DE

JOSÉ YXART.

Ilustracion de A. Liezen Mayer y E. Klimsch.

Grabados de H. Kaeseberg.